



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 242– 28 de abril de 2017

En este número

Te ofrecemos

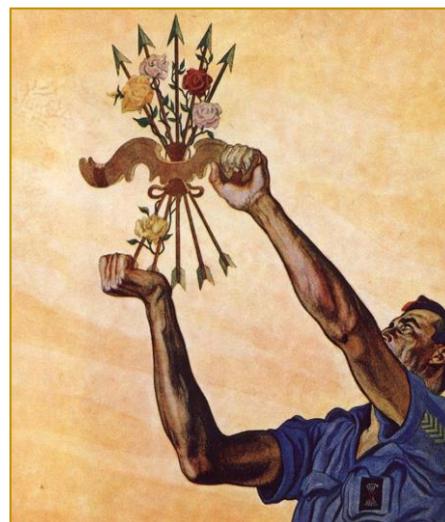
1. Cantemos el Cara al Sol por Pepe Utrera, *Emilio Álvarez Frías*
2. ¿La muerte del sindicalismo?, *Manuel Parra Celaya*
3. El odio ya está instalado, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. La lealtad de Pepe Utrera, *Alberto Ruiz Gallardón*
5. Utrera Molina: Sin cambiar de Bandera, *Gonzalo Cerezo Barreda*
6. Ridruejo en la crisis de su generación, *Fernando García de Cortázar*
7. ¡Que vienen los populistas! ¿Pero es Podemos el populismo de Navarra?, *Sila Félix*
8. La guerra de las Galias, *Fernando Sánchez Dragó*
9. La miseria de esta gente. El general Sanjurjo enterrado en Melilla, *J.O.P.*

Cantemos el Cara al Sol por Pepe Utrera

Emilio Álvarez Frías

No somos aficionados a hacer panegíricos de quienes nos dejaron después de una trayectoria de entrega a su patria y a los demás, enarbolando la bandera de la honradez, que ahora parece enterrada como otras muchas virtudes. Vamos dejando en el camino hacia los luceros a muchos que han compartido con nosotros años de trabajos y servicio a la comunidad, dedicándoles para el tránsito una oración al Padre para que lo acoja en su seno. No nos gustan los cantos laudatorios que pudieran entenderse como una manifestación hipócrita de nuestros sentimientos. Por eso, lo que tenemos que decir, se lo decimos en la intimidad y en el recuerdo silencioso.

En el caso de Pepe Utrera hacemos una excepción. Vamos a hablar de él a través de otras firmas que recogemos de la prensa. Y la razón de hacerlo es porque Pepe Utrera puede representar perfectamente a miles y miles de españoles de una generación que durante un largo periodo de tiempo se afanaron por conseguir la unidad entre todos los españoles, conviviendo en los campamentos o en las aulas sin tener en cuenta si sus padres estuvieron en trincheras enfrentadas, perdonando los horrores que pudieran haber cometido unos u otros, levantando una misma bandera de amor y de paz, cantando las mismas canciones, recitando versos de poetas con ideas enfrentadas pero que a pesar de ello su métrica y rima era coincidente, haciendo crecer al país con el trabajo constante de cada día, engañando las necesidades con alegría, y sin pedir apenas nada a cambio.



Al tiempo que rezamos por Pepe Utrera y por todos los que le precedieron, cantamos en su

recuerdo, en la intimidad, el Cara al Sol que les acompañó durante su vida de entrega honrada y desinteresada. La canción de amor que acompañó como sudario a muchos que cayeron en el campo de batalla o en cualquier cuneta. La canción que se cantaba en los campamentos como un rezo a los que se fueron. La canción que recorrió caminos, campos y carreteras de España llevando concordia y amistad.



Siguiendo nuestra costumbre, saldremos a la calle a observar el gesto de nuestros paisanos, pues en él medimos su estado interno de contentamiento. Y lo hacemos acompañados con un botijo de cerámica de Nerja, Málaga, inspirado su decoración con los peces de aquellas costas, probablemente respondiendo al deseo del alfarero de ir al palo a tomar un

espetón de sardinas.

¿La muerte del sindicalismo?

Manuel Parra Celaya

¿Podremos los falangistas en un futuro próximo seguir refiriéndonos a nuestras aspiraciones en lo social y económico dentro de los parámetros del *nacionalsindicalismo*? Hay quienes, legítimamente, ya se han definido con una respuesta negativa, pero las razones esgrimidas suelen centrarse, o bien en su carácter desfasado con respecto a la actualidad y utópico con relación a su posibilidad, o bien en una constatación del descrédito de los actuales sindicatos, intervenidos y mediatizados por lo político, proclives, como consecuencia, a la corrupción y escasamente eficaces en la defensa de los intereses de sus asociados.

A un servidor, que nunca ha querido afiliarse a partido ni sindicato alguno, este segundo argumento le parece poco consistente, en tanto que, al igual que existen políticos honestos, también hay sindicalistas que ponen su interés y dedicación al servicio de sus compañeros: la generalización siempre encierra peligros. Algo más de acuerdo está con el primer argumento, pero prefiere encuadrarlo en el ámbito de la circunstancia cambiante.

De hecho, los inicios de un cambio radical ya se han producido y se refieren a una serie de aspectos que a nuestros padres les parecerían imposibles a todas luces; desde las formas de contratación, la relación entre *inestabilidad* y *flexibilidad*, la versatilidad, la descolocación, la relación entre formación y trabajo, etc. de alguna manera, un marco nuevo está presente: el futuro ya ha comenzado.



Este marco viene definido, parece que inexorablemente, por la informática y la robótica, con la consiguiente automatización de muchas funciones *laborales* hasta hoy. No hace falta mucha imaginación para adentrarse en ese futuro, más semejante a las novelas de

anticipación que al mundo que se nos ha quedado atrás. Es indudable que el trabajo adoptará – como ya está adoptando – formas en muchos casos individuales, no presenciales necesariamente, compartimentadas y escasamente manuales y operativas, en el sentido que actualmente le damos a estos términos. ¿Se asemejará en algo el hombre sentado tras un ordenador, acaso con una forma de contratación externalizada y desde su domicilio, al trabajador tradicional? ¿La tendencia a implantar las *rentas mínimas* y las prestaciones sociales universalizadas darán la puntilla a ese concepto, como ya se la dio el Estado del Bienestar a la vieja acepción de

proletario? ¿Existirán intereses comunes en quienes desempeñen esas funciones? ¿Será posible asociarlas?

Quizás sea exagerado hablar de la *muerte del trabajo*, pero no de una distinta concepción del mismo, alejado de las heredadas del gremialismo y de la industria manufacturera. Y con esa nueva concepción, también puede ser excesivo hablar de la *muerte del sindicalismo*, pero sí de una completa transformación del mismo, que estaría alejada, tanto de los actuales sindicatos horizontales, de clase, como de los casi non natos sindicatos de empresa y por ramas de producción, verdadero fundamento teórico del verticalismo.

Con estos datos, ¿es posible mantener propuestas como la de una *estructuración sindical de la economía* o mantener abierto un estéril debate sobre la atribución de la plus-valía de la producción? ¿Son estos los caminos idóneos para propugnar una justicia social profunda?

Creo que el falangismo debe apuntar a otras consideraciones más acordes con el panorama que se vislumbra en el horizonte; el principio sería, por supuesto, preservar la dignidad de la persona y de sus funciones sociales. De aquí, cabrían varias preguntas: qué tipos de empresa son posibles y productivas y debe propiciarse; cuál debe ser la relación entre la aportación de capital y la aportación humana en el seno de las mismas; hacia dónde debe encaminarse una revisión del principio de la propiedad de los medios de producción; que líneas legislativas deben contemplar las formas de contratación y participación; cómo regular la oferta y la demanda para superar la actual fórmula -cuyo simple enunciado produce grima- del *mercado de trabajo*; cuáles deben ser las direcciones de una política fiscal equitativa; cómo supeditar la economía financiera a la productiva...

Preguntas en el aire, que prefiero dejar abiertas y, si es posible, como motivo de reflexión y debate para nuestros expertos y economistas.

El odio que ya está instalado

José M^a García de Tuñón Aza

Con motivo del fallecimiento del ex ministro de Franco José Utrera Molina, las fieras que siempre están prestas para dar las dentelladas, los que tiene arraigado en su cuerpo el odio, han aprovechado su muerte para decir, algunos, que sentían vergüenza al ver las imágenes de brazos en alto y saludos fascistas. Estos pirados, estos dementes, son los mismos que después acompañan al candidato socialista Pedro Sánchez, en sus mítines, donde siempre acaban, puño en alto, cantando La Internacional. Para estos perturbados, lo uno vale y lo otro no. La cara más dura no la pueden tener. Es el odio que se ha instalado en sus mentes.

Por otro lado, las Juventudes Socialistas de España (JSE) han denunciado ante la Fiscalía el *Cara al sol* que se cantó en el funeral de quien, como muy bien escribió su hijo Luis Felipe, se fue como había soñado, en primavera, cara al sol, mirando al mar y sin cambiar de bandera. Sin embargo, esa pandilla de incultos, que no saben lo que dicen, olvidan que, por ejemplo, en Madrid hay levantado un monumento al golpista socialista Francisco Largo Caballero que dijo: «La clase obrera debe adueñarse del poder político convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo. Y como el que tiene el poder no ha de entregarlo voluntariamente, por eso hay que ir a la revolución». En otro momento también dijo: «Ahora, después del triunfo, se precisará salir a la calle con un fusil al brazo y la muerte al costado. Que no digan que nosotros decimos las cosas por decirlas, nosotros las realizamos». Finalmente también soltó esta prenda: «La clase



Largo Caballero durante un mitin en Las Ventas el 5 de abril de 1936

obrera tiene que hacer la revolución. Si nos dejan, iremos a la guerra civil». De esto los jóvenes socialistas no se han enterado porque no leen. Sin embargo han añadido que hay sospecha de que los asistentes que entonaron el cántico podrían haber vulnerado la Ley de la Memoria Histórica que nos trajo el impronunciable Rodríguez Zapatero, y que Rajoy pudo derogar y, por miedo, no lo hizo.

Pero no todo han sido críticas a José Utrera Molina y al funeral que por el eterno descanso de su alma celebró su familia, donde asistió, como es natural, su hijo político Ruiz Gallardón, parentesco que obvió el inconsciente parlamentario Xavier Domènech, para preguntar al Gobierno su opinión sobre la presencia de aquél en el funeral. Hay que ser zopenco para formular semejante pregunta. Pero decía que no todo fueron simplezas como las que acabamos de leer. El escritor Juan Manuel de Prada le dedica un magnífico recuerdo que termina diciendo: «Yo también puedo decir hoy, con orgullo y gratitud que me honro de haber sido amigo de un hombre bueno como don José Utrera Molina que ya no tendrá que seguir escuchando las palinodias sonrojantes de los chaqueteros, ni las invectivas sangrientas de los caínes que amargaron su vejez. Descanse en paz, querido don José». También su yerno, Alberto Ruiz-Gallardón, del que aquel espabilado preguntaba al Gobierno por su presencia en los funerales de su suegro, le dedicó un magnífico artículo, que termina con estas palabras: «Pepe Utrera era profundamente católico y esperaba la existencia de una vida venidera, o, como él decía una mansión eterna. Que en ella descanse y tenga paz. Pese a las amarguras de la política, se ha ido con serenidad y mucho amor. Y como todo aquel que ha tenido un porqué para vivir, no le pudieron vencer los que sólo tienen un cómo».

De José Utrera Molina, guardo con mucho cariño, las letras que escribió en su libro *Sin cambiar de bandera*, y que tuvo a bien dedicarme: «A mi camarada José María García de Tuñón que mantiene con gallardía sus ideales y creencias. Con mi admiración y el mayor afecto».

Descanse en paz.

La lealtad de Pepe Utrera

Alberto Ruiz Gallardón (ABC)

Un hombre bueno y cuya caballerosidad no ha podido desmentir nadie

Me hubiera gustado escribir estas líneas contando únicamente las excepcionales cualidades humanas de Pepe Utrera, un hombre machadianamente bueno y cuyo desprendimiento y caballerosidad no ha podido desmentir nadie que le haya conocido.

Me hubiera gustado compartir con el lector de ABC –esta casa que en su liberalidad siempre le dio voz pese a discrepar de sus ideas– quién fue esa persona a quien Juan Manuel de Prada definió como «honrado a marcha martillo, de una gallardía estoica y una bondad aquietada por la sabiduría. Caballero humanísimo, compasivo ante la desgracia ajena, dotado de una fina sensibilidad, hondamente religioso y leal a sus convicciones».

Me hubiera gustado relatar tantos diálogos con él, en su casa de Nerja, desde que me recibió como un hijo. Contar nuestra emoción cuando nos leía los sonetos que dedicaba a sus hijos, a sus nietos y, sobre todo, a Margarita, su mujer, «cuando calle mi voz... mis rosas te dirán que te he querido», que ahora habrá de esperar la imposible promesa de Pepe: «Si de la muerte regresar pudiera, volvería a decirte que te quiero...».

Pero creo que sería una grave injusticia despachar su trayectoria política con el juicio displicente que en España se ha dedicado a quienes hasta el final de su vida no han querido traicionar sus lealtades. La lealtad es la distancia más corta entre dos corazones, nos enseñó Ortega. Pepe Utrera fue siempre leal a España y a sus convicciones.

Para juzgar a un político hay que conocer sus circunstancias particulares. Las de Utrera Molina fueron difíciles desde la infancia. Procedente de una familia modesta vio a los nueve años cómo esta se dividía y sufría a manos de los dos bandos de la guerra. Padeció, pues, las consecuencias de una contienda en la que no participó. Dejó escrito que, al abrazar después el programa de José Antonio Primo de Rivera, lo hizo sin albergar deseos de revancha, toda vez que esta hubiera tenido que repartirse entre unos y otros.

A partir de ese momento –el de su ingreso en el Frente de Juventudes– su trayectoria es conocida. Entre otras cosas porque él se encargó de hacerla transparente, pero también porque tuvo una fuerte presencia pública que no pasó desapercibida allí donde desempeñó sus responsabilidades. Tres nombres de la geografía española marcan sus pasos iniciales: Ciudad Real, Burgos y, de modo singular, Sevilla, provincias donde será gobernador civil, y en las que despliega una actividad desbordante. En la época en que se desenvuelve (década de los sesenta) debe hacer frente a las inmensas desigualdades que el desarrollismo trae consigo, pero ese reto no hace sino estimular su ya arraigado sentido de la justicia y la solidaridad. Personas de creencias opuestas a las suyas dan fe de su trabajo incansable para dignificar la vida de barrios enteros, donde todo estaba por hacer. «La mejor universidad es una vivienda», solía decir a sus colaboradores, y en coherencia con esa afirmación promovió miles de ellas. Su despacho permeaba abierto para escuchar los problemas de todo aquel que acudiera a buscar ayuda.

Su gestión ministerial, desplegada en dos tiempos y sendas carteras, no le reportó la misma



Pepe Utrera entre su hija y su yerno Ruiz Gallardón

satisfacción. Durante seis meses fue ministro de Vivienda. Ministro Secretario General del Movimiento, ya con Arias Navarro, cuatrocientos días. Si en un caso le faltó tiempo para aplicar la política de vivienda que le habla dado nombre, en el otro se enfrentó a la amargura de la soledad en su defensa de no alterar los principios fundacionales del régimen. Sin embargo, no se llamaba a engaño. La peculiaridad de su figura radica en que teniendo plena conciencia de la dificultad de su propósito no quiso renunciar en ningún momento a sus

ideas. Su cese en marzo de 1975 representó para él un alivio. No en vano su mujer, Margarita, había acogido la noticia de su nombramiento en diciembre de 1973 con una reacción premonitoria: se echó a llorar y le anunció que sería desgraciado en el cargo.

«El mundo que viví se ha desvanecido como un espejismo», constató. Y aunque aparentaba ser un hombre herido, su desencanto con los nuevos tiempos nunca obedeció a razones personales. Su preocupación era sincera. Aunque le dolió España hasta el último día no convirtió su dolor en hostilidad o amargura, lo cual no le privaba tampoco de hacer oír su protesta cuando lo consideraba oportuno. Su rica vida intelectual y familiar, de la que he tenido la fortuna de ser testigo y partícipe, pero también su propio sentido del saber estar, le pusieron a salvo de esos fantasmas. Se trataba además de una limpieza de corazón que era una auténtica señal de identidad. Porque en su caso el apego a unos principios no se transformó jamás en rencor hacia el adversario. «Nunca viví estrangulado por la intolerancia», confesaba.

Se puede disentir de sus opiniones y de la interpretación del tiempo histórico que le tocó protagonizar. Pero su personalidad resultó enormemente atractiva e inspiró respeto en gentes de muy distinta condición. Pongo como ejemplo a mi propio padre que, por haber estado encarcelado en 1956 por defender la causa monárquica, no tenía motivos de cercanía al franquismo y que, sin embargo, tuvo siempre una inmensa admiración por Utrera Molina que

después se convirtió en amistad. Observar la admiración de mis hijos por sus dos abuelos, de ideas políticas bien diferentes, ha sido para mí la constatación del triunfo de la tolerancia en España por la que lucharon incansablemente los dos.

Pepe Utrera era profundamente católico y esperaba la existencia de una vida venidera, o, como él decía «una mansión eterna». Que en ella descanse y tenga paz. Pese a las amarguras de la política, se ha ido con serenidad y mucho amor. Y como a todo aquel que ha tenido un por qué para vivir, no le pudieron vencer los que sólo tienen un cómo.

Utrera Molina: Sin cambiar de bandera

Gonzalo Cerezo Barrero *(Escritor y periodista)*

Ha muerto en su Nerja tan amada. Como su hijo Luis Felipe, me dice, cara al sol con su camisa azul. *Sin cambiar de bandera*, título riguroso con el que encabezaba sus Memorias de una trayectoria política que acabó en un tiempo en el que justamente predominaba todo lo contrario. Tuve la suerte inmensa de compartir con él algunos de sus afanes e inquietudes. En el Ministerio de Trabajo primero, dónde fue subsecretario con Licinio de la Fuente (otra víctima perdida en el olvido de la memoria histórica); en el Ministerio de Vivienda después y finalmente como ministro secretario general del Movimiento.

La historia empezaba justo en ese momento a pisar el acelerador, tras el asesinato de Carrero Blanco. En el nuevo gobierno constituido a continuación, presidido con no poca sorpresa, por el que había sido ministro de Gobernación cuando se produjo el atentado contra Carrero, Carlos Arias, Utrera fue nombrado ministro Secretario General del Movimiento. Era el primer «flecha» que llegaba a tan alta jerarquía después de haber pasado en la organización juvenil de lo que había sido la Falange, por los mandos de jefe de Falange, jefe de centuria e inspector Provincial de Málaga, ciudad en la que había nacido en 1926.

Fuimos muchos los jóvenes de su generación que seguimos ese *currículum vitae* con el que normalmente acababa nuestra vida política en aquella organización que convocaba a la juventud española en nombre de lo que había sido la Falange de José Antonio.

Nacida en 1933 y muerta, para todos los efectos políticos, con su fundador el 20 de noviembre de 1936 fusilado en el patio de la prisión provincial de Alicante. Lo que vino después era otra cosa. Esta es la verdad histórica. Se puede pensar respecto a ella lo que se quiera pero hay una evidencia indiscutible. En aquella organización los jóvenes que no habíamos conocido en vida a José Antonio, descubrimos su figura. Está y ha estado muy de moda entre ellos discutir las relaciones de Franco con la Falange y hasta qué punto se puede considerar una realidad que su pensamiento fuera oficialmente asumido por el Régimen instaurado por Franco. No es el momento ni la ocasión oportuna de entrar en este debate pero hay que afirmar contundentemente que sin Franco el Frente de Juventudes no habría existido ni la Falange oficial, integrada en el Movimiento, habría podido transmitirlo a las generaciones sucesivas.

Apenas formulada en los tres años convulsos que la política le concedió para ir la creando, fue en todo caso el sueño ambicionado en nuestras pretensiones.



Se podría esperar que después de haber pasado por distintos gobiernos civiles llegar a la máxima jerarquía de aquella organización podría colmar las legítimas ambiciones de cualquiera de nosotros. No fue así. El tiempo que se avecinaba ofrece poco margen para las ilusiones. El inmediato futuro se presentaba cargado de sombríos interrogantes y zozobras. Habría que estar ciego para no verlo y José Utrera Molina no lo estaba. Por el contrario era muy consciente de los problemas a que tendría que hacer frente cuando por el simple imperativo de la edad etapa que Franco representara se acercaba inexorablemente a su fin.

No se equivocó. Su mandato le reservaba menos rosas que espinas. El tema de aquel tiempo como había dicho Ortega, era el interminable debate de las asociaciones políticas. Las discrepancias de criterios entre la Presidencia del Gobierno y la Secretaría General del Movimiento era objeto de continuos malentendidos y desencuentros entre Arias y Utrera.

Distintos protagonistas del momento lo han contado cada uno a su manera pero lo suficiente para que hoy comprendamos que los recelos no eran tanto alimentados por Carlos Arias como por su equipo. Todo esto es ya historia y a los historiadores corresponde dilucidar las circunstancias, responsabilidades y deberes de conciencia de cada uno. Por cuantos integramos el equipo de Secretaría General participamos intensamente en el esfuerzo conjunto de sacar adelante la Ley que tanto enfrentamiento provocaba. Por decirlo muy resumidamente, lo que se jugaba, aunque no se decía, era la supervivencia o no del Movimiento. Es decir: del Régimen. No cabía esperar que a aquellas alturas se arriesgara Franco a provocar una crisis de tal envergadura como la que supondría el cese del presidente del Gobierno. La cuerda tensada se rompería por el lado más débil, o por mejor decir menos inconveniente. El cese de Utrera se hizo inevitable, aunque no supusiera el final de los problemas para Carlos Arias, como todo el mundo sabe.

Lo que tiene el más alto perfil humano de esta historia es el comportamiento de cada cual a



partir de la muerte de Franco. El libro de Utrera, *Sin cambiar de bandera*, es un expresivo retrato de época. Alzado el telón de la historia comenzaba la farsa, o tragicomedia, del más desvergonzado travestismo. Es el lado oscuro de la transición.

No es un fenómeno nuevo ni exclusivo de la sociedad española. Basta una ojeada a la historia para comprobarlo. Sin salir de nuestro propio solar, aunque Falange no obtuvo ni un solo

escaño en las fraudulentas elecciones para las Cortes republicanas de febrero del 36, la proliferación de *viejas guardias* después de la guerra fue literalmente asombrosa. Tanto como la de *demócratas toda la vida* con la transición. No digamos la de aguerridos luchadores del mayo francés del 68. Media España «estudiaba» en París. Hay encrucijadas de la historia que dejan al rey desnudo y ponen delante lo que queda detrás de tanta máscara. Pero si dejan al descubierto lo peor de las personas también sacan al primer plano la *Virtus*, en su concepto romano de otros, el honor, el valor, la lealtad, la dignidad...

Mejor no citar nombres, pero si hay uno que destaca en el lado luminoso allí está José Utrera Molina ocupando un lugar en primera línea. Ni el desaliento, ni el desencanto, ni el desengaño hicieron mella en la fortaleza de su gallardía. Cuando otros callaban él hablaba. Cuando otros se escudaba en un silencio vergonzante o en cómodos y bien remunerados refugios a retaguardia, jamás su voz dejó de salir al paso de la mentira, la manipulación o la desfiguración de un pasado que de pronto parecía no haber pasado, y que algunos enardecidos titulares de destacadas responsabilidades en aquella etapa, parecía de pronto que pasaban por allí, y, aún como los indios

de las películas del Oeste, se apresuraban a borrar las huellas de aquel pasado qué tan repentinamente ya no iba con ellos.

La voz y la pluma de Utrera no enmudecieron.

Arropado por la adhesión y el afecto caluroso de fieles camaradas que nunca le olvidaron acudía con frecuencia a charlas y reuniones donde ansiaban oír su cálida palabra. Orador brillante y elocuente, escritor de pluma elegante y acertada sin dejar de ser respetuoso, poeta reservado a la intimidad de sus amigos, conversador y oyente siempre atento a los innumerables cultivadores de su amistad. Oírle era un gozo, acompañarle un privilegio, escucharle una lección magistral inolvidable. Herido de muerte por una lesión cardiovascular, su enorme corazón no pudo resistir el peso de tanta vileza, cobardía, desvergüenza para transformar el servicio público en beneficio privado y el desvanecimiento de todos los valores que habían constituido el eje vertebral de su vida. Hay con toda seguridad un sitio reservado en el seno del Padre para los que hicieron de su dignidad un punto de honor, de aquellos que llenan nuestro teatro clásico, que nadie puede arrebatarnos porque es «privilegio del alma y el alma solo es de Dios». No le diré descansa en paz porque nuestro paraíso no es el descanso y está guardado en su jambas por ángeles verticales con espadas.

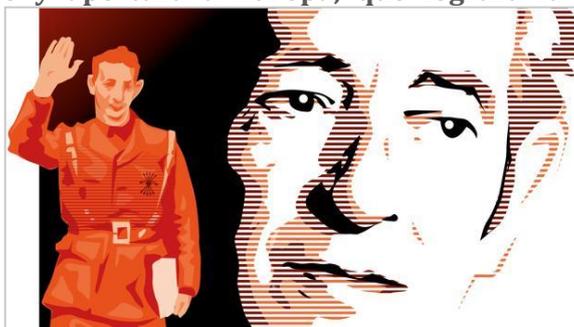
Ridruejo en la crisis de su generación

Fernando García de Cortázar *(ABC Cultural)*

Dionisio Ridruejo encarnó, como muy pocos hombres de su tiempo, el compromiso radical con España de sucesivas generaciones desde la crisis del 98. Lo hizo en su trayectoria política y sus afanes literarios, campos esenciales donde latieron las virtudes y los defectos de aquella juventud que se encaró con valentía y una cierta imprudencia a resolver el problema nacional. Problema que, como hemos visto caracterizarlo por sus mejores compañeros de partido a comienzos de los años cuarenta, era el de ofrecer una síntesis entre patriotismo y justicia social, tradición y modernidad, nacionalismo y apertura a Europa, que lograra la superación definitiva del conflicto entre las dos Españas.

Ridruejo contuvo en su apretada biografía todas las contradicciones de un hombre honesto empujado por las circunstancias a militar en una idea equivocada. Como tantos otros jóvenes, se sintió convocado por el discurso espléndidamente inconformista de José Antonio, viendo en él la senda de una nueva España en la que fueran derogadas las divisiones provocadas por la miseria de los humildes, el rencor de los revolucionarios, la arrogancia de los poderosos, el desdén del centralismo y las fantasías de los secesionistas. El corazón de aquellos jóvenes ensanchó su fuerza al calor de un mensaje que pronto habría de mostrar sus limitaciones, administrado por quienes nunca habían aceptado sus exigencias más hondas de fraternidad, servicio e integración.

Sin embargo, Ridruejo se aferró hasta muy tarde a aquellas propuestas escuchadas a ras del suelo castellano, en la crisis de los años treinta, que golpeaban los muros de las viejas ciudades en los que la historia de España se había petrificado. Mientras, al otro lado de la línea de sombra que rompió España en dos, otros jóvenes cantaban los himnos de la revolución proletaria, Ridruejo acompasó su lírica a la firmeza de aquellas raíces imperiales que impregnaban las fachadas de los palacios, la rectitud del paisaje castellano y el orden preciso de los conventos de



Dionisio Ridruejo. Ilustración J.M.Nieto

la Contrarreforma. Sus versos entonaron sonetos a la piedra, cántico a una juventud que palpaba con sus manos la consistencia de la historia hecha materia edificada, roca a la intemperie o apaciguada línea del horizonte en la desembocadura del cuerpo yacente de Castilla.

Aquella necesidad de conservar la esencia de una nación que imprimió sentido a todo Occidente en los años de Isabel, Fernando, Carlos y Felipe, elevó el alma de Ridruejo y sus compañeros a un peligroso misticismo, que no les permitió atender a tiempo las razones de quienes luchaban en un campo que no era ajeno a España, sino solamente otra forma de amarla. Jugaron con el fuego de una pasión intransigente los jóvenes que acabaron ofreciendo su sacrificio a aquella patria ceñuda y difícil, a aquella España a la que todos amaron con voluntad de perfección.

Ridruejo no abandonó sus convicciones falangistas al acabar la guerra. Por el contrario, sin haber ido al frente durante nuestra tragedia nacional, mostró su valor combatiendo en la



De izquierda a derecha, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Rodrigo Uría, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Gonzalo Torrente Ballester y Antonio Tovar

División Azul, estando a punto de morir en aras de una peculiar idea de Europa. Regresó esperanzado aún, director o referente intelectual de empresas editoriales destinadas a regenerar el falangismo revolucionario. Fue víctima de su sinceridad abrupta con Franco, al que reprochó haber abandonado los ideales de una guerra que no merecía acomodo, aburguesamiento, olvido de promesas o traición a los caídos.

Alejado del favor del Estado que había ayudado a crear, Ridruejo trató de que sus ilusiones juveniles sobrevivieran, como una verdadera utopía, acosada por el pragmatismo, el descreimiento y la desmovilización del llamamiento joseantoniano a levantar una patria nueva,

justa e integradora. Siempre creyó, incluso en los momentos de más riesgo de jactancia victoriosa, que las razones de los vencidos habrían de encontrar en el mensaje de Falange su plena ratificación. Siempre recordó las palabras amables y dolorosas del testamento de José Antonio, al asegurar que, de haber escuchado la doctrina falangista, él no estaría siendo juzgado por un tribunal popular ni estarían matándose los hombres en las tierras de España.

En el cruce de la primera y la segunda década de la posguerra que estamos comentando, se empeñó en una última tentativa por regenerar el nationalsindicalismo. Luchó abiertamente contra quienes olvidaban la problematización de España realizada por la Falange fundacional. Combatió el despeje de valores ideológicos que pretendía la tecnocracia autoritaria, y denunció la terca negativa al reencuentro de los españoles. En 1952, en el primer número de *Revista*, publicación primordial de aquellos años de esfuerzo por la reconciliación, escribió un resonante artículo, «Excluyentes y comprensivos». Este texto encabezó una serie de intervenciones durísimas, en las que se reivindicaba el 18 de Julio frente a quienes lo secuestraban desde un sectarismo antipatriótico y reaccionario. «A la hora de luchar y morir las afinidades que cuentan son las últimas y radicales: una fe religiosa, un gusto de civilización, un orgullo de patria. El modo de entender la historia pasa a un puesto secundario».

Pero, cuando callaron las armas, había que restablecer un campo de encuentro donde los adversarios fueran vistos en su verdadero aspecto: figuras trágicas que encarnaron el problema de España. Tratar a los disidentes de antiespañoles y de virus infeccioso de una España ultraconservadora, era para Ridruejo el mayor riesgo que corría el inmenso sacrificio de una generación. Lo que correspondía era demostrar, en tiempo tan difícil para el diálogo, que el falangismo no había «luchado para excluir, sino para convencer, convertir, integrar y salvar a los

españoles». Era, quizás, el último rescoldo de aquel incendio ilusionante. Era, tal vez, la ingenua defensa de una fe arrumbada por el poder impune de los aprovechados de todas las causas. Era un último combate por rescatar la dignidad de los vencedores, antes de abandonar la esperanza y buscarla allí donde la historia se aceptó con menos dramatismo, sin la exigencia de rituales de depuración, sin la petición de retóricas aniquiladoras, sin la elección del lugar de los verdugos o de las víctimas.

¡Que vienen los populistas! ¿Pero es Podemos el populismo en Navarra?

Sila Félix

Es el vocablo de moda en buena parte del mundo. Y está en boca de todos. Nos referimos, ¿cómo no!, al populismo.

Verifiquemos ante todo un hecho: más que nada, «populismo» es un insulto, una descalificación apriorística. Así es empleado para demonizar a los apestados del sistema (supuestos «fachas» emboscados y tramposillos), pero también para «marcar» a nuevos movimientos poco definidos o difíciles de encajar.

Un auténtico cajón de sastre. De este modo, además de los denominados populismos «de derechas» (el FN francés, el FPÖE austriaco...) o «de izquierdas» (Podemos, Syriza...), todos ellos muy europeos, al teorizar al respecto también se reflexiona en torno a las dos oleadas de populismos hispanoamericanos: el originado en Juan Domingo Perón (el peronismo sería el populismo referencial) y otros líderes como Víctor Raúl Haya de la Torre y su APRA, y el posterior en el tiempo –ahora denominado neopopulismo– y más vinculado al denominado «Socialismo del siglo XXI» desde posiciones izquierdistas e indigenistas, encarnado en Hugo Chávez, Evo Morales, etc. Pero es que, siendo exhaustivos, los primeros populismos en la



«Nacionalizarme eso», frase habitual en Hugo Chavez

Historia fueron los rusos Narodnik – Voluntad Popular, altruistas terroristas nihilistas– y los granjeros norteamericanos del People's Party; dos realidades que aparentemente nada tenían que ver. Y no olvidemos los populismos europeos de la posguerra: el poujadismo francés y el italiano L'Uomo qualunque. Para mayor confusión, no han faltado autores que han identificado potenciales ingredientes populistas en fenómenos como el panarabismo de Nasser y el Baas y otros movimientos del Tercer Mundo y de los «países no alineados».

A Fuerza de tratar de encajar fenómenos tan dispares y alejados en tiempo y espacio en

tan manido concepto, éste se ha convertido en algo vacío.

Debemos señalar, por otra parte, que comportamientos «populistas» –en el sentido de demagógicos, o a modo de recetas facilonas ante problemas complejos– son desplegados por todos los partidos políticos, por muy honorables que se presenten. También entre los menos presentables, pues, ¿cómo calificar el entusiasmo de todos estos políticos navarros que se colocaron el dorsal para salir fotografiados los primeros en la llegada de la korrika 17 a Pamplona? Efectivamente: Asirón en éxtasis y los demás.

En Navarra, como buenos habitantes -para bien y para mal- de la piel de toro, no podía ser de otra manera: también tenemos a nuestros «populistas» vocacionales, ya devenidos en profesionales. Nos referimos, por supuesto a Podemos.

Ainhoa la carnicerita, Itoiz el pijoprogre y sus amigos okupas e hipotecados, Laurita y sus papás, Tere y sus troskos, la muy amiga «paracaidista» de Iglesias Ione Belarra...

Rebotados del PSOE unos y unas, tráfugas de Bazarre e Izquierda Unida otros/as, gentes sin partido previo muchos/as, antiguos/as merodeadores/as de la «izquierda abertzale» en no pocos casos, los/as trotskistas inclasificables de siempre... Un partido de aluvión, bisoño, todavía en formación; pero ya con unas cuantas purgas y resentidos en su haber. Chicos/as listos/as: aprenden rápido; sobre todo lo malo. No es para menos «han pillado» poder, lo que les encanta y bien que disfrutan. Y no sólo para que les lleven las maletas.

Entonces, populistas, ¿a pesar de todo? Sí, pero en el sentido de ser ambiguos cuando les conviene; y de estar encantados de conocerse siempre; y protagonistas de las redes y las barras; y amigos de la selfie; y entusiastas del latigazo verbal, de la improvisación y la ignorancia descarada; y, sobre todo, del permitirse lo que sea «porque me lo merezco».



Ainhoa Aznárez, presidenta del Parlamento de Navarra

Políticamente hablando, ¿cómo encajarlos? Pues, visto lo visto, como amigos de la «revolución permanente» y de la extensión sin límites de los nuevos (¿?) «derechos individuales y sociales». Todo ello, muy a la moda. Fácil de recetar, recitar y en la cresta de la ola. En consecuencia -aseguran muy seriecitos- hay temas que les aburren; caso del «contencioso Navarra-Euskadi». Y es que son la

mar de divinos; divinos de la muerte, que dirían los puretas. Pero de esa izquierda-divina; la gauche-caviar tal y como se les conoce en la vecina Francia. Y ya se sabe cómo se las gastan estos franceses: un poquito bordes, pero muy precisos.

Ideológicamente -recordemos declaraciones y orígenes- sus genes y nutrientes son muy de izquierdas: marxismo-leninismo revolucionario, radical-progresismo, eco-femi-socialismo.

Apelan a «los desposeídos», pero viven como los de «la casta». Son ligeros en las formas, pero pesados en sus políticas y, aunque anuncien lo contrario, han envejecido rápidamente.

Con esos pelos, y desde esos polvos, intentan pescar en el río revuelto del legítimo descontento ciudadano, con no pocas dosis de demagogia, irresponsabilidad y juicios superficiales; en el evidente cabreo de la gente, mediante el impacto mediático y el titular sensacionalista propio de La Sexta.

Ocasionalmente transversales, pero muy de izquierdas. Populistas..., pero ya integrados en el sistema que dicen denostar. Desde las clases medias depauperadas, pero sin mezclarse con el pueblo.

Y viajan mucho: a Vistalegre, para medrar y purgar; a Bayona, para dejarse ver con el psicópata de Mondragón; a Alsasua, para «solidarizarse con esos pobres muchachos»... y es que no entienden que a esos «pobres muchachos», que la emprendieron con los guardias civiles y sus chicas (feministas, por favor, ¿dónde os escondéis?), se les puede torcer la mirada y tomarla con algún/a podemita ¡por españoles! Que ya se cansarán, antes que después, de tanta ambigüedad y tanta tontería. Y les pedirán cuentas agriamente, de modo que hacerse el/la interesante no servirá de nada. Serán socios, más o menos afines, pero amigos, lo que se dice amigos... jamás.

¿Populistas? Si el epíteto les resulta rentable, pues populistas y lo que haga falta. Transversales, pues también: ni de derechas, ni de..., pero sí de izquierdas, ni tampoco de centro. La cuadratura del círculo. Pues de círculos saben mucho.

Los navarros expatriados por causas económicas ya están comprobando que votarles a los podemitas-populistas-pijoprogres no les ha servido de nada: sigue allende la muga buscando trabajos dignos.

Los identitarios van comprendiendo que de los suyo, nada de nada; pues para identidad ya está la versión auténtica, es decir, la abertzale. O la española de siempre y de pro, que es otra manera de ser identitario; pues ser español hoy día es ir contracorriente, es lo alternativo y genuinamente rebelde. Córtate las rastas, los pelos afros, y rebélate de una vez. Espabila, que te están tomando el pelo. Y nunca mejor dicho.

Los genéticamente transversales -pero de verdad- es decir, quienes perciben que ser de



Manifestación contra la Guardia Civil en la Plaza de Alsasua, donde cohabitan con emblemas de ETA

«derechas» como ser de «izquierdas» son manifestaciones de un mismo sistema economicista y mundialista, seguirán a la espera y tal vez generen nuevas formas de comunidad.

Y los decepcionados con la democracia partidocrática, oligárquica y representativa ya tiene muchos, muchísimos motivos, para asimilar que Podemos es más de lo mismo, aunque sea de color morado.

Si ser populista es ser rebelde, Podemos no es populista.

Si ser populista es aspirar a una democracia más participativa, Podemos no tiene la fórmula ni la voluntad.

Si populismo es arraigo, Podemos es una

izquierda más: bon vivant y consumista.

Si populismo es identidad, Podemos ni es panvasquista ni navarrista; ni chicha ni limoná: es un camelo.

Si Podemos es justicia social, Podemos es paternalismo y burocratismo de la subvención a los amiguetes, de la palmadita y la selfie.

Y si hablamos de la bandera de la soberanía nacional, como último refugio de los débiles -fundamental en todo populismo que se precie- pues a Podemos no le dice ni sugiere nada de nada.

Por todo ello, Podemos NO es populista. Es marxismo-leninismo tope-guay. Pero sobre todo: OPORTUNISMO.

¿Populismo en Navarra? No lo hay, pero, ¿se le espera?

La guerra de las Galias

Fernando Sánchez Dragó *(El Mundo)*

Sólo dos de los libros escritos por Julio César han llegado hasta nosotros. Uno de ellos es el dedicado a la guerra de las Galias. Alta literatura, manejada con la precisión de un bisturí de cirujano, y certero pulso de historiador son sus dos virtudes principales. De Gaulle se inspiró en

él para escribir sus *Memorias*, que son otra obra maestra. Yo, de niño, cuando aún se estudiaba latín en este país sometido ahora a la barbarie de los planes de estudio que la democracia nos ha traído, traducía, a trompicones, ese libro. *Gallia est omnis divisa in partes tres...* Así empezaba.

Y todo un coro infantil / va cantando la lección: / mil veces ciento, cien mil...

Muchos años después caí fascinado por la egregia figura del general De Gaulle. Su sombra, o su luz, sigue gravitando sobre la política francesa y condicionándola. De los cuatro candidatos que



Julio César en la guerra de las Galias

aspiran a ganar las inminentes elecciones presidenciales de Francia sólo hay dos que empuñen el testigo dejado a la posteridad por el gigante (y prócer) de Colombey-les-Deux-Églises: Fillon y Marine Le Pen. Sus adversarios son poca cosa. Macron, un tontito sin sustancia, lleva, dicen, las de ganar. O sea: las de perder, porque si llega al Elíseo, Francia seguirá haciendo lo que empezó a hacer cuando De Gaulle dimitió en 1969: caminar lentamente hacia el desastre. O Mélenchon: un millonario castrista, chavista, madurista y oportunista. Un payaso. Un botarate. Con él llegaría la miseria moral y la económica.

Todos nos jugamos mucho el próximo domingo y más aún quince días después, con la segunda vuelta. De Gaulle hablaba de algo de lo que sólo

Marine Le Pen se atreve a hablar ahora: de la Grandeza.

¿Algo que objetar?

Me irrita sobremanera oír a casi todos los periodistas españoles, esos loritos que siempre cantan con la voz de sus amos, el sonsonete facilón de ultraderechista aplicado a la única candidata que garantiza el fin del terrorismo y que es, en realidad, una socialdemócrata –nadie es perfecto– cuyo programa se asemeja en muchos puntos al de la extrema izquierda. Pese a ello, y en nombre del euroescepticismo, del identitarismo, de la lucha contra el terrorismo y del sentido común, ahí va mi voto, señora... Platónico, por supuesto, ya que tengo la desgracia de no ser francés.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Las miserias de esta gente

El general Sanjurjo, enterrado en Melilla tras la exhumación de Pamplona

J.O.P. (*El Mundo*)

Los restos del general Sanjurjo han recibido sepultura en un panteón militar en Melilla, tras ser exhumados en Pamplona en aplicación de la Ley de Memoria Histórica de Navarra en contra de la voluntad de la familia, según han informado fuentes municipales.

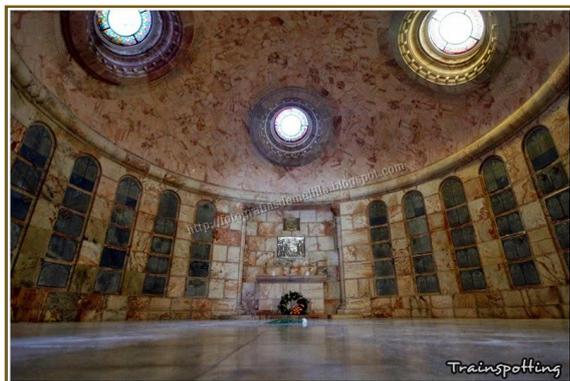
Uno de los panteones del Regimiento de Regulares en el cementerio cristiano de Melilla acogió el pasado 23 de marzo un acto familiar para depositar los restos mortales del general José Sanjurjo Sacanell, han explicado estas fuentes.

Los restos habían sido exhumados del Monumento a los Caídos en Pamplona por una decisión del Ayuntamiento de la ciudad, gobernado por Bildu, en aplicación de la Ley de Memoria

Histórica de Navarra, que también supuso la exhumación de otros como los del general Emilio Mola.

La exhumación se produjo después de que un juzgado desestimara un recurso presentado por familiares de los fallecidos, que consideraban que esa ley no era aplicable en este caso.

Sanjurjo (Pamplona, 1872-Estoril, 1936) protagonizó un golpe de Estado fallido en 1932, conocido como «Sanjurjada», tras el que tuvo que exiliarse en Portugal, donde falleció en un accidente de avión tras despegar de Estoril rumbo a Burgos, a donde iba para sumarse al levantamiento de 1936 que respaldaron otros militares como el general Mola.



Panteón de héroes muertos por la patria, en Melilla

El militar navarro sirvió en los Regulares de Melilla, donde fue nombrado comandante general tras participar en importantes acciones militares como la defensa de la ciudad tras el desastre de Annual en 1921.

El cementerio de la Purísima de Melilla cuenta con distintos pabellones militares, dos de ellos del Grupo de Regulares número 52 con sede en la ciudad, en

uno de los cuales se produjo el acto familiar el mes pasado.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.